

Lorca, Lil Picado, entre el fuego y la sombra

ALBERTO BAEZA FLORES

En las dos grandes piezas largas de tela roja se mecían entre el sol y el viento de la mañana en las entradas del Teatro Nacional. Leí: Lil Picado. Leí: Fuego y Sombra. La liturgia de la poesía, de la danza y de la música estaba allí: los 50 años del asesinato de García Lorca. Y estas especies de estandartes al viento, como llamas sagradas, invitaban a unos oficios líricos en recuerdo del poeta asesinado en los comienzos de la Guerra Civil Española. Como en una de las sesiones de encantamiento, de seducción, en las que se habían reunido la palabra y el sonido instrumental, la danza y la voz, el gesto y el sortilegio. Y en esa mañana de un Teatro Nacional más bien severo y a la espera de "la hora cero" o "la hora veinticinco", del que aguarda un gran acontecimiento cultural, el nombre de Lil Picado se mecía en el aire josefino. El texto de ella, escrito hacia diez años, había armado el espectáculo que debía ser ensayado en el escenario.

¿Quién era Lil Picado para haber citado a ese espectáculo de voz y luces, de magia y de sonido?

Con Lorenzo de Médicis

Había ido a escuchar las sesiones matinales de uno de esos semanarios que organizaba CEDAL en La Catalina, sobre los problemas socioculturales de la hora continental que se vivía en esa década de los años setenta, esa joven delgada e inquieta, independiente y "protestataria", que parecía recién llegada de Nueva York o París, de Los Angeles o Barce-

lona, de Munich o Praga y que creo que no se había movido de Costa Rica.

Después encontré su fotografía, junto a otras líricas jóvenes costarricenses, en el número 203 de Ancora de La Nación, en el que Laureano Albán presentaba un panorama vivo de "Poesía femenina contemporánea costarricense".

Supe entonces que se llamaba Lil Picado y, cuando leí el poema suyo "A Lorenzo de Médicis", comprendí que se trataba del insólito caso de una auténtica creadora de poesía ("Pero me dijeron que no. / "Busque a alguien de apellido Mecenas", me recomendaron. Y me cerraron la puerta. / Pero ya ni siquiera existe nadie con tal apellido/ en este cruel sistema/... Y aquí me encuentro/ lamiendo mi tiempo con absurdos,/ ganándome el espacio nuestro de cada día/ con el sudor de mis asuntos,/ de mis asuntos de poeta... de exabrupto.")

Me quedé en silencio. Esta manera de expresar una situación, una circunstancia social y de época, venía de lejos, aunque Bertolt Brecht había advertido: "Sin introducir innovaciones de tipo formal, la poesía no podría asimilar los nuevos temas ni puntos de vista nuevos, y mucho menos llegar a los nuevos sectores del público lector".

Lo que Lil Picado decía sobre la sociedad consumista y la otra, y sobre el destino del poeta; su humor sentimental que utilizaba la imaginación y la crónica imaginaria y simbólica, y la crítica que era como una mirada silenciosa y estaba a mil kilómetros de un discurso de barricada, lo entendían los que en las universidades velaban sus armas "protestatarias".

Era una lírica "protestataria" —como se podía decir en Madrid o San Francisco de Cali-

fornia—, pero era, además, una joven que había aprendido la antigüedad de milenios de la poesía. Alguien me dijo que era hija de Mario Picado. Pero en Lil los caminos eran propios, suyos, de ella, y no imitaba el tono ni los temas de la poesía de su padre —uno de los importantes renovadores de la poesía costarricense.

Con la referencia "A Lorenzo de Médicis" de Lil Picado, y el comentario del poema, termina, prácticamente mi libro *Evolución de la poesía costarricense 1574-1977*, Premio de Ensayo de la Editorial Costa Rica, editado por ésta hace unos años.

Con Andalucía y Castilla la Vieja

"Se hace camino al andar" escribió Antonio Machado en el poemario XXIX de sus *Proverbios y Cantares en Campos de Castilla* (1907-1917). Joan Manuel Serrat musicalizaría y cantaría algunos de esos versos sentenciosos ("Todo pasa y todo queda,/ pero lo nuestro es pasar,/ pasar haciendo caminos,/ caminos sobre la mar")

Lil Picado se marchó a la España de Antonio Machado y de García Lorca. Debían sonar en la memoria de la lírica costarricense esos yunque y esas campanas que había leído en Machado en su responso al poeta de Granada, asesinado.

Entre retornos a Costa Rica y nuevas partidas a España, Lil Picado anduvo todos los caminos de Andalucía y de Castilla la Vieja. Casi ocho años. En la vida como en la poesía nada se da —si es una experiencia profunda— sin valor, trabajo y sacrificio. **España: Dos peregrinajes** es un libro de formato pequeño y agradable y de una vida interior y exterior conmovedoras. Es el encuentro de Lil Picado con España y su misterio. Y la confirmación de sus intuitivos del texto que sobre García Lorca había escrito antes de partir. Pero tenía que confirmarlas metro a metro. **España: Dos peregrinajes** lo publicó la Editorial Costa Rica en

"libros de poesía" número 17. Hay que leerlo. Ahí está el encuentro con el mundo musical andaluz de Paco de Lucía —ese "musicalizador de los espacios abiertos"—. Y está "La Sirena Gitana, la mitología del Centauro Andaluz. Y está Pedrasa de Segovia y la vida en Calladillo, un pueblo abandonado.

En el Palacio de Comunicaciones de Madrid, frente a La Cibeles, Lil Picado andaba con el manuscrito suyo que le ganaría el "Walt Whitman 1985": **Vigilia de la Hembra**. En la Revista Oral del Taller Prometeo de Poesía Nueva de Madrid —solo unos pasos más allá—, la esperaban. Me había correspondido hacer la presentación previa a su lectura de poemas sobre España. Fuimos. Lil Picado conquistó a la concurrencia con su encanto de vagabunda lírica de una primavera encantada y con el primor y verdad de su poesía. El invierno de Madrid de ese 1984 era un frío velero levemente soleado.

Lil se fue, al terminar su lectura, a los babeles de Madrid, ciudad mágica y antigua. Tomé el tren hacia los Arroyos —un tren que me recordaba a don Antonio Machado, eterno viajero de modesto equipaje.

"Entre Lil y Lorca: el Duende". Rocio Fernández de Ulibarri —conversando con Lil Picado— ha contado cuanto hay que relatar sobre **Fuego y Sombra**, en "Ancora" del 6 de julio. Y lo ha contado bien. En estas notas sólo he querido hablar, un poco, de "la otra" Lil Picado, que merece reconocimiento y admiración también. Goethe aconsejaba al creador trabajar sin prisa, pero sin tregua, Rilke decía que la poesía es una larga experiencia.

También habría que agregar que es un fervor, una constancia y un sacrificio. Creo que así ha trabajado Lil Picado para su texto de **Luz y Sombra** que es la magia y la gracia de un esplendor. Nada se da en la vida creadora —y en la otra— sin la adivinación, el amor y la persistencia. Son el secreto de "la otra" Lil Picado.